

—¡Ay! no puedo; he agotado todas mis fuerzas.

—¿Quiere V. que la traigan una taza de caldo? me parece que este desmayo es mas bien de necesidad, dijo Marciana viendo que volvía á perder el sentido.

—Sí, la traeré; ¿desde cuándo no ha comido V.?

—Hace muchas horas...., murmuró con desfallecimiento Cristina.

—¡Pobre señora!.... voy corriendo á traerla; precisamente la guardaba para D. Severo, y no ha vuelto desde ayer, que se marchó.

—Dices bien, Aleja; tráela pronto; es lo mejor que podemos darle para que se anime.

La marquesa sufrió una conmoción profunda al escuchar el nombre de Aleja, tanto, que alzó vivamente la cabeza para mirarla; pero la vieja ya iba hácia la puerta y no pudo verla el rostro.

Marciana notó aquel estremecimiento, y observándola con detención, murmuró en su interior:

—¡Hum!.... mucho me engaño, ó ésta es la madre de Ildemaro.



CAPITULO XII.



Continúa el anterior.



Los ojos de la marquesa se clavaron en la tía Lentejas cuando ésta volvió con la taza de caldo, pero rápida, instantáneamente los volvió á cerrar, cubriéndose la cara con

las manos y exclamando sin poderse contener:

—¡Oh! ¡fatalidad!.... ¡jella tambien!

Las ancianas cambiaron un gesto de inteligencia.

La tía Lentejas, acercándose á la cama con desapacible gesto, dijo:

—Vamos, doña Rosita: aquí está el caldo; ¡recóbrese V. para hacer nuevas picardías!.... ¡quién me habia de decir que al cabo de tantos años caeria en mi poder la que con malvada intencion pagó mis beneficios, robándome hasta el último

maravedí y dejándome en la mas afrentosa miseria?

—Señora: V. se engaña; yo no la he conocido nunca, repuso Cristina queriendo reparar su imprudencia.

—¿Que no?... vamos, ¿qué otra te queda? aunque tenias la ca-

ra tapada, no se me ha despintado la cicatriz de la oreja izquierda. Si, tú eres la querida del conde.....

—¡Silencio!.... la interrumpió Marciana; no hay que pronunciar nombre alguno.

—Es verdad; como esta señora por sus infamias ha sabido elevarse á una gran posicion, la debemos respeto; ¿no es eso?... pero ya que ha caido en mis manos, no escapará sin su castigo: tarde ó temprano, todas las deudas se pagan en este mundo.

La marquesa tornó á abatirse, comprendiendo que escapaba de un peligro para caer en otro.

Marciana se despidió pretestando una ocupacion urgente; pero fué mas bien con la idea de avisar á la condesa el inesperado suceso que habia llevado á Cristina á casa de D. Severo.

—¿Te vas? la dijo la tia Lentejas, saliendo con ella hasta la puerta.

—Sí, muger: tengo que hacer; luego subiré.

—¿Y qué hago de esta picarona?.... te confieso que me dan impulsos de ahogarla.

—¡Muger!.... ¿despues de tanto tiempo, conservas aun resentimiento?.... déjala que se reponga, y luego veremos.

—No se marcha sin que yo haga con ella una que suene.....

—Desde luego te la dejo para que la atormentes á tu placer; pero no la dejes marcharse aunque lo intente.

—Eso no; vete descuidada, que no sale de aquí.

—Acaso, perseguida por la autoridad, ha tenido que evadirse y no será malo un aviso para que la pongan á buen recaudo, que lo merece; ¡si supieras quién es!....

—Sí, dímelo á mí, ¡cómo si no la conociera por esperiencia!.... exclamó la tia Lentejas.

—En fin, vuelvo á recomendarte que no la pierdas de vista, y adios!

—Hasta luego.

La marquesa, sacando fuerzas de flaqueza, se habia incorporado en la cama, bebió casi con ansia la taza de caldo que quedó sobre una mesa y aplicó el oido á ver si conseguia escuchar algunas pa-

labras del secreto diálogo que á corta distancia de allí sostenian las dos viejas.

Efectivamente, aunque no todo, por algunas palabras sueltas sacó la consecuencia de lo que habian hablado, y estremeciéndose de terror al escuchar la palabra autoridad, saltó de la cama, dispuesta á escapar aprovechando la primera coyuntura que se le presentase.

Cuando entró la tia Lentejas, la encontró de pié cerca de una mesa y con mas ánimo del que se podia esperar de su anterior abatimiento.

—¡Hola! ¡hola! ¿ya estás levantada? ¡y qué animosa! ¡me alegro! con eso me evitas el remordimiento de cebarme en una enferma indefensa; porque vamos en este instante á ajustar una antigua cuenta que tenemos pendiente.

—¿Todavía persiste V. en ese error? ¿no acaba de convencerse de que soy una señora desgraciada, que reclamo su auxilio, prometiéndole á V. recompensarla pródigamente si me saca del apuro en que me encuentro?

—La recompensa que yo quiero es el dinero que me robaste; eso; venga entera la suma que representaba mis ahorros de muchos años, la constituia mi fortuna, y te dejo libre en el momento.

—Eso no puede ser ahora; he salido de mi casa á escape; no he tenido tiempo de tomar dinero; pero si te fias de mí, no tardaré en dártelo; mira, cambiemos ahora de trages; toma mis vestidos, que valen un dineral; véndelos, te autorizo para ello: así empezará á resarcirte de aquella pérdida, y dame una saya tuya y un manton.

—Que tienes razon; desnúdate y dámelos; ahora mismo los llevo á esa prenderia de ahí enfrente.

La vieja, viéndola desnuda, se sonreia con una infernal complacencia.

Cristina, creyendo aplacar su justo enojo con la escasa valia del traje, no vaciló en ponerlo á su disposicion, metiéndose en la cama así que estuvo desnuda.

La tia Lentejas le cogió, fué doblando pieza por pieza, metiéndolo todo en un pañuelo grande.

—Pero dame tus vestidos antes de marcharte, exclamó Cristina, viéndola dispuesta á salir.

—Pronto vuelvo; ya que estás en la cama, descansa un rato.

—Te encargo que no le des menos de tres mil reales; es de terciopelo francés, magnífico, y los encajes que le adornan valen un dineral.

—Ya lo veo, ya..... no tengas cuidado, que si esa prendera no me la paga bien, iré á otra parte; la lástima es que tiene algunas manchas de barro.

—Esa canalla infame de chicuelos que me perseguia, me le han estropeado.

—Buenos granujas estaban, y si yo no te meto dentro, acaban contigo á pedradas; eso mas me tienes que agradecer.

—¡Polillas de la sociedad!.... ¡si no sé cómo se toleran!....

—Y que tienes razon...., no debia haber muchachos; ¡lo mejor era nacer de diez y nueve años! exclamó riendo la tia Lentejas; pues ante la idea de coger tres mil reales por aquel hermoso trage, habia recobrado su buen humor.

Al salir cerró la puerta con llave.

—¡Y la malvada me encierra! exclamó Cristina: recelo alguna traicion; lo peor es que me deja desnuda y no puedo moverme de la cama.

A todo esto el sol se habia ocultado por completo en el ocaso, y las enlutadas sombras de la noche tendian por la tierra sus fúnebres crespones.

La habitacion de fray Severo estaba envuelta en una semioscuridad. Cristina empezó á inquietarse, y decidida á salir de la situacion en que se hallaba de cualquier modo que faese, saltó de la cama y se puso á inspeccionar detenidamente todos los rincones del aposento, esperando encontrar algunas ropas con que cubrirse.

—¡Oh! ¡aquí hay una levita y un pantalon! exclamó con alegría; mejor, así me disfrazo de hombre, y ¿quién me conoce?.... Precisamente es el trage que mas me gusta. ¡Calla!.... tambien veo aquí una peluca canosa, ¡qué me place!.... esto es magnífico. Me pongo este pantalon..... ¿á ver? no me sienta mal, parece que

le han hecho á mi medida; coloco encima de mis cabellos esta vetusta peluca, que sujetará este gorro griego, que como de molde se me viene tambien á las manos, y envolviéndome en esta larguísima levita, estoy perfectamente; y en verdad que con ella, poniéndola unas trabillas, no hubiera necesitado pantalones, porque me tapa las piernas.

Diciendo esto, se miraba á un cacho de espejo que habia sobre una mesa y contemplaba con satisfaccion la facha que hacía con aquel trage extravagante.

Debió encontrarse satisfecha, porque olvidando por un momento sus apuros, sonreía con buen humor. A fuerza de buscar por todo el cuarto, encontró un sombrero, que sustituyó con placer por el gorro griego, guardándose éste, sin embargo, en el bolsillo de la levita.

Al meter la mano, tropezó con un objeto, y le sacó: era una cartera. Con la curiosidad propia del sexo á que pertenecía, abrióla inmediatamente, y acercóse al balcon aprovechando los últimos crepúsculos del dia, para mirar su contenido.

— ¡Calla!.... aquí hay tarjetas de D. Severo Pintarroja; cartas dirigidas á él; documentos..... y dinero..... ¡billetes de banco!... ¡Oh!... ¡fortuna!... ¡al fin me sonries!... ¡gracias!... ¡gracias!...

La marquesa en un arrebato de júbilo besaba la cartera y bailaba con alegría, dando vueltas alrededor del cuarto.

La puerta se abrió en aquel momento y se presentó la tia Lentijas triste y cabizbaja con el lío de los vestidos debajo del brazo. Al ver á la marquesa con la ropa de D. Severo, la confundió con él, prestándose mucho la oscuridad del cuarto á semejante engaño.

— ¡Válgame Dios! exclamó; ¡qué susto me ha hecho V. pasar esta noche, D. Severo, sin parecer siquiera!... ¿pero cómo ha entrado V.? ¡si me llevé la llave!...

— ¡Necia! ¡la echaste en falso y ha quedado abierta! ¡Trae luz! exclamó la marquesa procurando imitar la voz de D. Severo.

— ¡Voy corriendo! ¡si se habrá escapado!.... murmuró la vieja mirando con recelo hácia la cama, donde habia quedado Cristina.

Ésta aprovechó aquel momento para salir detrás de ella, y des-

lizándose furtivamente por la escalera, sin olvidar el traje de española antigua, que la tía Lentejas dejó al entrar sobre una silla, abrió la puerta y salió á la calle.

Era completamente de noche; los faroles estaban encendidos; pero en aquellos extraviados barrios de la capital alumbraban bastante mal; siendo esto un beneficio para Cristina, porque la permitieron atravesar todas las calles inmediatas sin ser descubierta. Llegó á la calle del Rosario, vió su palacio desierto, sombrío, sin un rayo de luz que le iluminase en su interior. Las puertas estaban como castillos, las ventanas herméticamente cerradas, anunciando tan triste perspectiva que la autoridad habia impreso su sello en aquella morada, pesando sobre sus antiguos moradores un fallo judicial.

—¡Oh! ¡pues en ninguna parte estaré mas segura que en mi misma casa! exclamó Cristina dirigiéndose hácia la puerta falsa del jardín, y á fé que necesito descansar; estoy rendida, abrumada por tantas emociones, y cayéndome de necesidad. ¡Ah!.... pero ¡y la llave!.... exclamó deteniéndose como herida de un rayo.... recuerdo que la quité, mas no sé dónde la tengo. Por fortuna traigo aquí mis vestidos, que sin duda la señora Aleja no ha podido vender; puede que esté en algun bolsillo: veamos.

En efecto: la llave pareció, y Cristina, aprovechando un momento en que la calle estaba completamente desierta, se entró en el jardín, volvió á cerrar y avanzó sin temor ninguno hácia sus habitaciones, dejándose caer casi desfallecida en una butaca.

Entre tanto la tía Lentejas estuvo con mucha calma encendiendo una luz en la cocina, y cuando volvió con ella, se encontró el cuarto desierto.

—¡No hay nadie!.... ¡esto sí que está bueno!.... los dos se han marchado, dijo la vieja mirando con la luz por todos los ángulos de la habitacion; y tampoco está aquí el lío con los vestidos...., vamos, ya lo comprendo.... aprovechando mi ausencia, la infame se los ha puesto y ha escapado; pero ¿cómo puede ser, si apenas he tardado un cuarto de hora en encender la luz? ¡Esto me maravilla! Pues ¿y el amo!.... ¡vaya una gracia!.... se pasa vein-

ticuatro horas sin venir, luego se presenta un momento, pide luz, y sin esperar á que la traiga, se marcha sin decir oste ni moste.

—¿Qué hablas, bachillera? dijo fray Severo presentándose en el cuarto con un traje de aguador.

—¡Jesús..... María y José!.... exclamó la vieja santiguándose. ¡Yo creí que se había V. marchado! ¿pero qué disfraz es ese? ¿se le ha puesto V. por la posta? Preciso es que le llevase debajo de la levita, ó yo veo visiones.

—Tú estás delirando; no entiendo una palabra de lo que hablas; voy disfrazado porque la justicia me persigue y no quiero que me conozcan, y vengo á buscar una cartera que me dejé ayer en la levita; conque, trae la luz y busca pronto la levita, que tengo prisa.

—¡Pero, señor, si hace un momento la he dejado á V. con ella puesta, mientras he ido á encender la luz!....

—Si yo acabo de llegar ahora mismo, ¿cómo me has de haber visto antes, y tengo este disfraz desde el amanecer?

—Vamos, no puede ser; cuando he venido de la calle, estaba V. aquí con la señora.

—¡Voto al chápiro!.... ¡que estoy perdiendo un tiempo precioso con esta necia! ¡Dame con mil diablos la levita y déjate de simplezas!

—Si no está aquí; no la encuentro, ni es posible!.... búsquela V., á ver si tiene mas fortuna, dijo la vieja empezando á sospechar algun enredo en todo aquello.

Inútilmente registraron toda la estancia: la levita no pareció.

—Con ella estaba mi pantalon y la peluca, que me quité ayer para ponerme la nueva, y nada de esto parece; ¿quién ha estado aquí?

—¡Ya lo comprendo!.... esa bribona ha sido; disfrazándose con la ropa de V., ha conseguido escapar.

—¿Pero de quién hablas? dímelo pronto, ó te estrangulo, exclamó el fraile en un arrebató de cólera, oprimiéndola el pescuezo con sus descarnadas manos.

—De la marquesa..... ¡ay!.... ¡suélteme V. y se lo contaré!...

gritó la infeliz medio sofocada, pudiendo á duras penas libertar su gaxnate de la tenaza que le oprimia.

—¿Qué marquesa ha estado aquí?....

—La de Blancarosa..... perseguida por la autoridad, se refugió aquí.....

—¿Por la autoridad?.... ¡ella!.... ¡qué dices!.... ¡Voto al demonio! ¡entonces tambien me buscan á mí! exclamó el fraile alarmado, creyéndose ya en una cárcel, y echando á correr la escalera abajo sin que le detuvieran los gritos de su vieja ama de llaves, que decia:

—¡Cielos santos!.... si le prenden, ¿qué vá á ser de mí?.... tambien me llevarán á una cárcel sin culpa ninguna.

Cuando llegó al portal fray Severo, entraban los agentes de la autoridad, que llevaban el encargo de arrestarle; el traje de gallego le salvó, porque le preguntaron:

—Farruco: ¿está tu amo arriba?

—Sí, *siñur*; duerme como un *cachurrote*; suban y le verán.

Ellos, sin sospechar que dejaban escapar al delincuente, subieron, en tanto el falso Farruco, con el auxilio de sus piés, se plantaba de dos saltos fuera del portillo de Embajadores.

—¡Qué vá á ser de mí!.... ¡infeliz!.... gritaba la tia Lentejas.

El cuadro de la Virgen se retiró á un lado, y apareciendo Marciana en el hueco que quedó descubierto en la pared, la dijo:

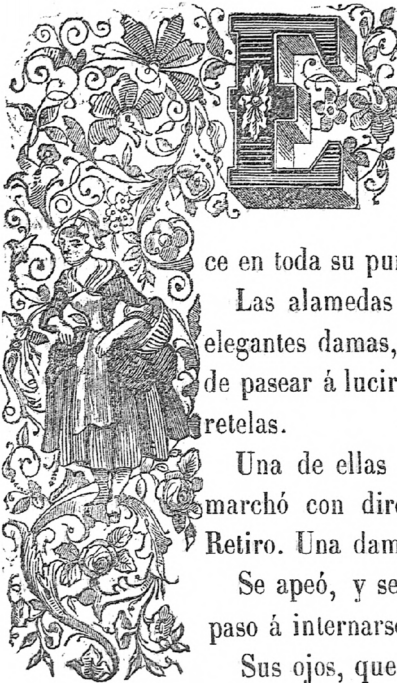
—Ven pronto: yo te salvaré; corre, porque la justicia sube por la escalera.

La pobre vieja no se hizo repetir la intimacion: pasó al cuarto de Marciana, volviendo el cuadro á ocultar la puerta secreta.



CAPITULO XIII.

Un paseo.



ERAN las cuatro de la tarde, de una tarde de Setiembre, resplandeciente y hermosa cuanto puede serlo en nuestra España cuando el azul del cielo aparece en toda su pureza.

Las alamedas del Retiro estaban cuajadas de elegantes damas, que bajaban al Prado despues de pasear á lucir sus encantos en lujosísimas carretelas.

Una de ellas salió de la fila de carruajes y marchó con direccion al patio grande del Buen Retiro. Una dama la ocupaba: era Guillermina.

Se apeó, y seguida del lacayo, fué con lento paso á internarse en las alamedas de la derecha.

Sus ojos, que se revolvián impacientes á uno y otro lado, indicaban que por allí debía andar un objeto querido que buscaban con afán. Efectivamente, á los pocos pasos y saliendo de un bosquecillo solitario, se presentó el conde.

Su palidez, el círculo morado que rodeaba sus ojos era mas intenso que la última vez que le vimos; el abatimiento de su fisonomía denotaba que una enfermedad cruel se iba apoderando poco á poco de aquella naturaleza vigorosa.

Sin embargo, al ver á Guillermina, sus ojos brillaron con un fugitivo rayo de alegría; ambos sonrieron cruzando una mirada magnética que inundó sus corazones de felicidad. ¡Ah! por fin habian llegado á entenderse. Se amaban con inmenso ardor y preveían en lontananza un porvenir de ventura.

El conde, que juzgaba su enfermedad como una cosa pasajera, no hacía caso, entregándose con afán á las delicias de su amor, sin que pudieran detenerle consideraciones de ninguna especie.

—¡Por fin has venido, amada mia! exclamó el conde, enlazando á su brazo la mano de Guillermina y siguiendo el paseo por la solitaria calle de árboles.

—¿Y qué hacer?... me lo pediste por nuestro amor, y yo no sé resistir á tus ruegos, dijo ella mirándole con una ternura infinita. Pero ¿qué es eso? estás pálido; ¿te sientes mal?

—No lo creas; lo mismo que siempre.

—Tú estás enfermo, no te cuidas y debo reñirte, porque miras con negligencia tu salud. Desde la tarde fatal que te pusiste malo en la casa de Curacion, no he vuelto á ver tu semblante animado.

—¡Oh! aquel dia fué para mí muy feliz; pues aunque apareció en mi pecho este dolor que me consume, gracias á él, conocí tu amor y empecé á gozar esta dicha interminable, que me vuelve loco. ¡Oh! ¿no es verdad que me amas?... repítemelo muchas veces; las seguridades de tu cariño son el bálsamo para mis dolores.

—¡Que si te amo!.... pregúntale á mi continuo sufrir; pregúntales á mis ojos, que solo ven en el mundo una figura y es la tuya; pregúntale á mi corazón—¿por quién late?—y te responderá entusiasmado:—¡por el conde!....

—¡Gracias, ángel mio!.... ¡cuánto bien me haces! Y dime: ¿no queda en tu pecho ni una chispa de aquel fuego que sentistes un dia por tu esposo?

—No, querido conde; he acabado por arrancar completamente de mi corazón su recuerdo, como su imagen de mi alma.

—Entonces, ¿estarás dispuesta á ser mi esposa?... Nuestro amor, si no le sanciona la Iglesia, á los ojos del mundo pasará por criminal.

—¡Y cómo!... ese es mi único anhelo..... mi constante deseo; pero si no tenemos pruebas de su muerte, si no soy libre...., exclamó Guillermina con tristeza.

El conde bajó la cabeza abrumado por aquella manifiesta contrariedad. Evidentemente ambos sufrían el influjo de un caprichoso destino que, arrojándolos al uno en brazos del otro, no les permitía unirse ante el sagrado altar.

—¿No te ofreció la condesa en una ocasión adquirir pruebas de la muerte de tu marido? dijo el conde recordando esta circunstancia.

—¡Y es verdad!... Nadie mejor que ella con su poderosa influencia podrá sacarnos de este apuro. Le veré esta noche.

—¿Has vuelto á verla desde la noche del baile?

—No; entonces, cuando se presentó á la sociedad de la corte con su verdadero nombre, sin disfraz ninguno y arrancando la máscara á los miserables que asesinaron á su padre, en medio del júbilo que me proporcionó aquel descubrimiento, pasé á su gabinete, donde á solas y sin trabas de ninguna especie pude abrazar, á la dulce amiga de mi infancia, á mi querida Alejandrina.

—¡Hizo un efecto maravilloso! su arrogante hermosura, su pompa régia, su indignación con los criminales, su talento en irles presentando toda su historia, sin que pudieran rechazarla, y luego la gracia con que supo hacer los honores de su casa, unido al prestigio que ya la rodea por sus grandes obras y al universal deseo que había por conocerla, todo contribuyó á que se la recibiese como á una divinidad, teniendo su empresa el éxito mas asombroso; pues que inmediatamente la autoridad tomó parte, mandando prender á los criminales.

—Pero no han encontrado á ninguno: ¿lo sabes?

—Es una noticia nueva para mí; los creí presos.

—Los tres han escapado; me apresuro á decírtelo por tu tranquilidad, dijo la jóven mirándole maliciosamente.

—¿Acaso me has visto intranquilo?

—Pudieras tener en el fondo de tu alma alguna sombra de temor; al fin es la madre de tu hijo.....

—¡Silencio!.... ese secreto debe permanecer oculto en el seno de la amistad; no quiero que el mundo sepa que mi hijo tiene tal madre, exclamó el conde con un acento tan profundamente melancólico, que no pudo menos de enternecer á Guillermina, la que, apresurándose á complacerle, varió la conversacion diciendo:

—¿Sabes de las niñas? ¿Has estado en la colonia?

—Ayer las vió Ildemaro; están contentas y animadas.

—Hoy pensaba visitarlas.

—¿Y por qué no has ido?

—Por venir aquí; entre ellas y tú, la eleccion no es dudosa.

—¡Gracias! ¡Es tan hermoso un paseo entre los árboles á la luz crepuscular! ¿no te parece muy bello ese concierto de las aves, esos murmurios de las auras, y el leve ruido de las hojas secas que ruedan á nuestros piés? Todo está en armonía con nuestro amor: siendo la soledad la mejor amiga, la mas dulce compañera de los enamorados.

—Animada de semejantes pensamientos he vivido en mi quinta, siempre esperando la revelacion de tu amor, bien lo sabes; no es el bullicio de Madrid el que mi alma necesita.

—¿Y por qué la abandonaste? ¿por qué te has venido aquí, cuando aun se disfrutaban en el campo dos meses deliciosos? precisamente el otoño es la época mas apacible para disfrutar los placeres campestres.

—Me dejé llevar del impulso que me ocasionó tu desvío.....

—¡Mi desvío!.... dí mas bien tus celos!.... nunca otra cosa pudiera ser, cuando mi corazon te pertenecia por completo, y mi pensamiento estaba siempre fijo en tí!.... Creó habrás tenido despues lugar de apreciarlo.

—Confieso mi error: ofuscada con la idea de que amabas á otra,

leía en tus ojos lo contrario de lo que decían; pero.... confiesa tú también, que á veces tenia motivos para dudar..... y si no ¡dígalo el día del certámen.... cuando reconociste á Ildemaro: ¡qué rato tan cruel!....

—Perdona, ángel mio; en esto tienes razon; ¡me era tan doloroso confesarte mi debilidad!.... y con todo, desde el certámen fuí á tu casa y no quisiste recibirme.

—Si estaba herida en medio del corazon, ¿cómo habia de buscar tu presencia? Entonces resolví trasladarme á Madrid, para no tener ocasion de verte; y me vine, encerrándome en mi casa sola con tu recuerdo y mis dolores. Me visitaste, y á pesar de que te amaba con delirio, no te quise ver, porque, ofendido mi amor propio, no queria conocieses por mi rostro el estado de mi corazon.

—Y en cambio recibiste al doctor; yo estaba allí, lo ví, ofendiéndome cruelmente semejante desaire.

—¡Y cuánto sufrí con su visita!.... adivinó mi amor.....

—No lo creas; lo sabía porque yo se lo confesé.

—¡Qué dices!... ¡oh!... ¡esa revelacion me dá en que pensar!....

—Yo creí que te lo diria; por lo menos me atreví á esperarlo, confiando en su amistad.....

—No sé por qué tengo un presentimiento fatal; ese hombre nos vende; es nuestro enemigo. ¡Complaciase en mi tormento viéndome sufrir, cuando con una palabra hubiera calmado todos mis dolores!....

—Y los míos; era mi confidente y el tuyo, nos veía padecer, sabía que nos amábamos y callaba, dando lugar con su calculado silencio á la escena de la colonia, que pudo causar mi muerte.

—Es verdaderamente incomprensible su conducta, y he de averiguar el motivo de su animadversion por conducto de Alejandrina. Ella me dirá.

—Lo que yo comprendo de todo esto, es que no queria que llegásemos á entendernos; su idea ha sido desunirnos por completo.

—Bien claro está, dijo Guillermina pensativa.

—Pero se ha llevado un chasco solemne, porque, á su pesar, serás mi esposa.

—¡Dios te oiga!....

—¿No lo esperas?....

—Sí, con toda mi alma; sin esperanza no hay felicidad posible, y yo la tengo siempre; ¿pero no te parece que vayamos abandonando estas alamedas? la noche se acerca, y quiero comer con Alejandrina.

—Como gustes; dejaremos la soledad para volver al bullicio cortesano.

—No tardaremos en abandonarle, trasladándonos á la quinta, puesto que tanto te complace: solo aguardo la venida de mi hijo; y á propósito: ¿sabes que me ha escrito hoy?

—¿Sí?.... ¡me alegro!.... ¿Y cuándo viene?....

—Mañana; iremos á recibirle á Fuencarral.

—¡Rebosa la alegría en tu semblante!....

—¡Soy tan feliz con su amor!....

—Lo creo; es un sentimiento tan dulce el que nos anima, tan santo!.... ¡tan legítimo!.... que no puede menos de darnos la felicidad!

El conde, durante el paseo, se habia llevado dos ó tres veces la mano al pecho, sofocando un ligero dolor. Cuando llegaron al estanque grande, debia sufrir mucho, porque, dejándose caer en un banco de piedra, exclamó con voz débil:

—Permíteme descansar un momento.

Su palidez aumentaba.

—¿Te sientes mal? dijo Guillermina vivamente alarmada.

—¡Oh! no es nada; este dolor del pecho que á veces no me deja respirar.

—Conviene que no descuides tu salud, que te vea un médico; pero no el doctor negro; ¿oyes?

—¿Desconfias de su ciencia? exclamó sonriendo el conde.

—De su ciencia no; pero sí de sus intenciones.

En aquel sitio habian quedado muy pocas personas; todas las elegantes disponíanse á ir bajando hácia el Prado. Apenas el con-

de y Guillermina se sentaron, vieron cruzar por delante de ellos dos elegantes jóvenes cogidos del brazo; llevaban una conversacion muy animada y se reian á carcajadas.

—Mira Ildemaro y Senen cómo se divierten, dijo el conde.

—¡Y es verdad! no han reparado en nosotros; pero calla; ya nos han visto; adios.....

Guillermina les saludó con la mano.

—Vienen á saludarnos, dijo el conde.

En efecto, los jóvenes llegaron.

—¡Qué alegres caballeros! dijo Guillermina: parece que llevabais una conversacion muy entretenida.

—Iba hablando á Ildemaro de crónica escandalosa, dijo Senen.

—¿Cómo es eso? preguntó Guillermina.

—Anoche circulaban por los salones tantas noticias y tan originales, que no he podido resistir al deseo de referírselas á este pobre Ildemaro, que todo lo ignora ó lo quiere ignorar.

—¿Y qué noticias son? sepámoslas todas.

—En primer lugar, se comenta de mil modos la estraña dispersion de la familia de Blancarosa. El marqués ha sido encontrado en un cementerio; la marquesa desapareció el dia que fueron á prenderla, despues de haber estado recorriendo las calles de Madrid con el traje de española antigua que llevó al baile, perseguida por una turba de ociosos y de muchachos y que la insultaron y escarnecieron á su sabor. Y por último los dos hijos Clodomiro y Cristina han desaparecido tambien, sin que sea fácil averiguar su destino.

—¡Pobre familia!.... los compadezco, exclamó Guillermina viendo que Ildemaro y el conde se habian quedado tristes. Y de fray Severo, ¿qué se sabe? preguntó la dama despues de un rato de silencio.

—Cuando fué la autoridad á prenderle, no encontraron á nadie en su casa; supónese que ha huido con el traje de su criado; ¡ah, bribon!.... yo le prometo que si le llevo á encontrar, ha de pagar caro los quince años que ha disfrutado nuestros bienes.

—La condesa no quiso que los prendieran en el baile, y así se han escapado, dijo Guillermina.

—Obró impulsada por la generosidad de sus sentimientos; prenderlos allí, hubiera sido dar un triste espectáculo á las personas que se habian reunido para celebrar el fausto acontecimiento de la inauguracion de la colonia, que habrian considerado semejante espectáculo como una crueldad, y Alejandrina no es cruel, dijo el conde.

—Yo la considero demasiado buena, y en su casa cualquiera haria lo propio; vengar la muerte de su padre y recobrar el título que esos miserables la han usurpado.

Ildemaro debia sufrir, porque volvia impaciente la cabeza, no queriendo escuchar la conversacion; mas no pudo evitarla, porque Senen se complacia en seguir hablando sobre aquel tema que se habia hecho general en todo Madrid.

Guillermina, cuando conoció que el conde estaba repuesto de su pasagera debilidad, se levantó, dirigiéndose á buscar su carruaje.

Los tres la acompañaron, separándose apenas la dejaron en él; Senen la preguntó:

—¿Y cuándo viene Lúcas, mi querida tia?

—Mañana; participaselo á las niñas.

—Sí, lo haré; porque Silvia se alegrará infinito.

—¿Irás todavía esta noche á la colonia?

—Aunque está léjos y es casi de noche, puede que me anime si me acompaña Ildemaro.

—Corriente; tengo en ello un placer, contestó el jóven.

—Os cederé mi carruaje, si Guillermina me concede un asiento en el suyo.

—Con mucho gusto, conde.

—¡Mil gracias!.... pues id, hijos míos; las pobres niñas os agradecerán mucho la visita; decidles que se levantará su destierro tan pronto como prendan á fray Severo.

—¡No las pesa! ¡Si están muy contentas allí! dijo Senen.

—Sin embargo, en la corte estarán mejor.

—Bien, bien; se lo diremos..... adios.

Los dos jóvenes tomaron el coche del conde, Senen dirigió al venturoso amante de Guillermina una mirada envidiosa, y ahogando un suspiro pronto á salir de su pecho, lanzó una bulliciosa carcajada, diciendo en tono de broma:

—¡Vamos! ¡vamos!.... la felicidad nos sonríe; queríamos coche, ya le tenemos; conde, no nos aguarde V. hasta mañana.

El infeliz queria engañarse á sí propio.



CAPITULO XIV.

Las dos amigas.



CUANDO la señora de Mendoza llegó al palacio de la calle de Alcalá, Alejandrina estaba sola. Introducida sin ceremonia alguna en un saloncito, fué recibida

inmediatamente por su jóven y opulenta amiga, que estrechándola en sus brazos, la dijo:

—¿Vienes á comer conmigo?... ¡Cuán feliz me hace tu amistad!...

—Sí, querida mia; desde que te conozco por Alejandrina, por aquella dulce y tierna compañera de mi niñez, es mayor mi ansiedad por verte, por disfrutar de tu compañía, inefable placer que hallo siempre demasiado corto.

—Ven, pues, á todas horas, no te apartes de mi lado, aprovechando así el poco tiempo que estaré en Madrid.

—¿Piensas dejarnos?... ¡Oh! ¡sería una desgracia irreparable!

—Vete acostumbrando á esa idea, pues apenas me queda un mes de permanencia aquí.

—¡Un mes!.... no digas eso, por Dios; ¡dejarnos tú!.... ¡cuando tu presencia es nuestra felicidad!.... ¡tu cariño, el mayor placer que hemos disfrutado en esta vida!....

—No hay remedio..... es un término fijo: el primer día de Noviembre debo estar en Barcelona á bordo de un buque que viene por mí desde lejanas tierras; ¡ay!.... bastante lo siento..... esa partida será mi muerte quizá.

Alejandrina, al decir esto, dejó correr de sus ojos un raudal de lágrimas, que estaban prontas á desbordarse.

La de Mendoza lloró con ella, y no pudiendo resignarse á la idea de su marcha, exclamó, queriendo combatir aquella resolución:

—Si lo sientes, ¿á qué te vas?.... tú, libre como el pensamiento, ¿no eres dueña de hacer lo que te plazca?.... ¿Quién será capaz de imponerte su voluntad?

—El deber..... y mi conciencia.

—¿Y tú tienes deberes que cumplir en otras tierras?

—Sí, amiga mia; deberes muy santos que no puedo desatender.

Guillermina, ante el tono solemne con que la condesa pronunció sus últimas palabras, bajó la cabeza, no atreviéndose á seguir adelante en su interrogacion.

—¡Soy muy desgraciada!.... exclamó Alejandrina; en medio de este fausto que me rodea, en medio de esta atmósfera al parecer de felicidad y de bienandanza, mi corazón vive muriendo, mi pensamiento está siempre fijo en otras regiones donde hay seres que me llaman y á los que me encadena un lazo indisoluble, formado por la mas increíble fatalidad. Me juzgas libre y soy esclava.....

—Pero siendo esclava del amor, es una dulce esclavitud!.... se atrevió á decir la de Mendoza; y en este caso, aunque lo sienta, celebró tu partida si has de hallar en otra parte la dicha que te falta aquí.

—¡Del amor sí!.... pero no del amor que tú imaginas..... yo no amo..... no puedo amar al hombre que me esclaviza.....

—Luego, ¿quién te obliga?.... perdona á mi cariño este interés por conocer tus dolores, ¡te quiero tanto!.....